

4. La virtud de la elocuencia frente a la vulgar chocarrería

Aristóteles (1993) en su *Ética Nicomaquea* deja a un lado las fundamentaciones filosóficas y afirma que un hombre de gran inteligencia conserva su dignidad si camina lentamente y habla en voz baja (Burke, 1998: 25). Para el estudio del lenguaje de una colectividad como la elite palaciana se debe atender a sus usos reservados en el discurso, la escritura y el tratamiento jerarquizado de aquella sociedad. Hay que tener en cuenta que su articulación se ceñía a diferentes grados de intercomunicación entre sus estratos y grupos sociales (Lotz en Hymes, 1964: 182-83).

Examinar las reglas de todo comportamiento dialogante es difícil (García Marcos, 2001: 4-5). Los escritores franceses dedicados a la urbanidad elaboraron gradualmente su propia terminología para describir con mayor precisión el comportamiento ('bonne mine', 'bon air', 'civilité', 'galanterie', 'bonnes manières', 'politesse') (Burke, 1998: 146). Dieron mayor importancia que sus predecesores a las reglas de conversación informal, mediante nuevos conceptos como el de 'grâce', 'négligence' o 'nonchalance' (Ossola, 1983). Éstos hacen referencia a la contraposición del orden cívico, establecido no sólo en Versalles sino en el resto de ambientes parisinos o provinciales. Burke (1998: 149) recuerda cómo el amigo de la marquesa de Sablé, el duque de Rochefoucauld¹, poseía un ejemplar de *El Cortesano*., concretamente la traducción del mismo de Jean-Baptiste Duhamel de 1690 titulada *Le parfait courtisan*. En la portada del libro de este insigne miembro de la Academia de Ciencias francesa se enunciaba que dicha traducción 'ayudará al lector a destacarse en las finas conversaciones'. Esto lleva a Burke a pensar (1996a: 129-36) que *El Cortesano* refleja el hambre desatada entre la elite cultural por los tratados sobre el arte de la conversación que proliferarían en Francia

¹ El cual no dudó en hacer gala de un despiadado análisis del comportamiento social, según el autor.

durante el siglo XVII. Así, por ejemplo, ya en 1685 en la ciudad alemana de Dresde se le daría un nuevo título a la obra de Castiglione, rebautizándola como *Conversaciones nocturnas y galantes*, donde 'galante' se mostraba como sinónimo de 'pulido' y 'cortés' conforme el significado que se le daba en ese siglo al término en la vecina Galia.

En todo tipo de código social existe una consciencia sancionadora del comportamiento verbal (Montandon, 1995a: 126-32). Entre la elite cortesana se podía evaluar la posición social del individuo según el examen detenido de su uso del lenguaje y de la decisión de permanecer silencioso en determinadas situaciones (Montandon, 1995a: 132-33). La urbanidad era base no sólo de un comportamiento social adecuado, sino la plasmación ética de la nueva moral defendida durante la Era Confesional. Se buscó siempre un equilibrio en el diálogo, cargado de modestia verbal y teniendo suma prudencia en la elección del momento y la forma de hablar (Panichi, 1994: 40-66). Se persigue no llamar la atención más que por la propia sencillez para alejarse de toda muestra de chocarrería o familiaridad. Se tendía a usar un tono leve y respetuoso ante todo igual o superior, en mayor medida en este caso, y recto entre el noble y el inferior. De la misma manera, este último debía evitar toda clase de adulación al Grande, manteniendo el silencio como muestra de respeto y evitando interrumpir el discurso de su interlocutor ni dar muestras de hablar sin parar de sí mismo (Montandon, 1995a: 133-34).

Destacaremos que el uso de la palabra es escaso en toda conversación durante una visita o audiencia, ya que según en qué circunstancia, si esto se olvidaba podía ser punible (Panichi, 1994: 321-24). Para guardar las apariencias y demostrar el aprecio ante los demás se evitaba ser fastidioso. Se trataba de intervenir sólo cuando fuera necesario o requerido, haciendo gala además de un destacable arte en la elección del tema de conversación. Siempre solía ser más seguro sacar temas de contenido neutro que buscar la rentabilidad exponiendo cuestiones peligrosas o posibles causantes de disputas y enfrentamientos en la sala de reunión (Montandon, 1995a: 134-36).

La Corte no era tan hermética como se pueda pensar, pero su permeabilidad la hacía peligrosa, ya que si se destacaba en demasía y no se contenía el vicio de hablar como un charlatán, la expulsión del círculo de notables y grandes podía estar más que asegurada. Tácito, en uno de sus aforismos, hace referencia a la posición que se debe mantener frente al Grande a la hora de hablar (Arias Montano, 1943: 10 y 72):

Las palabras del príncipe en todas las cartas y provisiones públicas han de ser pocas y sustanciales, por lo que conviene a su dignidad y porque no puedan hacer diferentes interpretaciones de ellas conforme a la inclinación y al ingenio de cada uno. (...) Muy peligroso es dar voto ni hablar en presencia de un príncipe que aborrece las adulaciones y teme la libertad, porque aunque se procure hablar poco nunca le faltaran al príncipe de ánimo sospechoso de que recelase de su libertad o enfadarse y aun temerse de su adulación².

El cortesano debía ser consciente de los límites que su posición personal le imponía en todo discurso y por ello los debía respetar salvo que entre él y su interlocutor la amistad existente fuera de absoluta confianza e igualdad de rango (Magendie, 1993: 402-10). En caso contrario, la mejor opción, nos dicen los tratadistas, era recurrir al mutismo total sin olvidar por ello el saludo respetuoso y su rigurosa respuesta. No se trataba de recursos formales sin sentido y establecidos de manera metódica. En este aspecto radica la mayor diferencia del código normativo del dominio del habla del Antiguo Régimen respecto de la urbanidad neutral y cargada de un sincretismo basado en diferentes dogmas de conducta y diferenciación social dentro de un nuevo marco de clases y no en el de grupos sociales (Panichi, 1994: 311-20).

La lealtad ante el señor y la defensa del honor personal suponían en aquellos siglos una mezcla peligrosa cargada de tensiones e intereses (Montandon, 1995a: 137-40). En muchas ocasiones decidir si callar o no ante

² Nombrado capellán en 1566 por Felipe II y encargado de la conservación de la Biblioteca de El Escorial, según su biógrafo, Tomás González de Carvajal, trabajó en la ordenación de las quinientas máximas de prudencia por orden del rey para servir a los príncipes y a sus delegados en política, diplomacia y Corte.

una situación suponía la opción de caer en desgracia. Al mismo tiempo el silencio podía conllevar la deshonra ajena o su sospecha ante los demás, ya que el honor era algo intersubjetivo (Panichi, 1994: 283-98; Courtine y Haroche, 1988: 87-116). La valoración personal ante los demás consistía en la talla y el reconocimiento no sólo de las propias acciones sino también del pensamiento y el valor moral del individuo (Montandon, 1995a: 140-42). Por ello la forma empleada en el discurso con el Grande, el igual o el superior era más que decisiva a la hora de crear la imagen exterior de cada persona (Mechthild, 1989: 156-255). El juego de intereses económicos, políticos o sociales se basaba en lanzar dos dados (el silencio ante un secreto confiado o la murmuración ante terceros) y tener fortuna con ellos.

Los franceses parecían mostrar interés en el modelo renacentista italiano de la conducta verbal cortesana (Burke, 1996a: 127-28). El nexo entre el lenguaje y los gestos es mucho más cercano entre el propio hecho de hablar y otros sistemas culturales. Lo que es mucho más difícil de aceptar es el hecho de que los patrones culturales sean únicos de manera literal y por ello no universales (Hall, 1959: VIII). El término 'conversable', según el modelo 'conversabile', acabaría por consagrarse y por usarse durante ese periodo con el fin de designar al ideal cortesano del momento (Dens, 1973: 215-24 y Strosetzki, 1978). En Francia abordando las maneras y usos de la conversación surgirían los tratados de Eustache du Refuge (1617), *Traité de la cour*, las anónimas *Maximes de la bienséance en la conversation* de 1618, el libro que aquí se estudia de Nicolás Faert o el de Jacques du Bosc (1632), *Honnête femme*. A finales del Seiscientos se continuará la materia en obras como el *Nouvelle traite de la civilité* de Antonie Courtin (1671), la imitación del mismo de François de Fenne (1690) titulada *Entretiens familiers*, las *Instructions pour un jeune seigneur* de Joachim Trotti (1683), *Les règles de la bienséance* escritas por La Salle (1695) o el tratado titulado *Manière de parler* de Antonie Renaud (1697).

La relación entre las formas de habla y los diferentes patrones culturales de un grupo social son precisas (Courtine y Haroche, 1988: 179-213). Por ello el

estudio del lenguaje debe abarcar los diferentes campos de la historia. Cicerón calificaba la acción como 'la elocuencia del cuerpo' (Montandon, 1995a: 142-43). El racionalismo queda apartado y se participa en el desarrollo de ideas retóricas en una época de reflexión y reformas en todos los patrones culturales de la sociedad europea, patrones que se extienden desde la religión a la política y desde el ordenamiento social al factor creativo y artístico del ser humano. Se ve que en la dialéctica queda separada en gran medida la política religiosa de la moral. Ello se puede observar en la obra *Réflexions diverses* del duque de La Rochefoucault, escritas en los setenta y editadas en el año 1680, que a diferencia de lo que se observaba en sus *Refléxions morales* no buscaban el ser chocantes sino el exponer el saber convencional de manera refinada y sutil (Burke, 1996a: 130). Más violento se mostraría La Bruyère (1688) en su capítulo de *Caractères*, donde ofrece una descripción de las peores faltas que se cometían en la conversación mediante unos párrafos mordaces y directos. Iguales ataques contra las palabrotas, tacos y expresiones malsonantes ('mots deshonnêtes') se verían en el tratado de lengua francesa de Claude Favre de Vaugelas (1647), *Remarques sus la langue française* y en el de Dominique Bouhours (1675), *Remarques nouvelles sur la langue française*, tendencia tangible entre muchas damas francesas de las cuales se burlaría en su obra literaria Molière (*Précieuses ridicules* de 1659 y *Femmes savantes* de 1672) (Burke, 1996: 131). En ellas se refleja el desprecio ante la lengua 'vulgar' y las palabrotas reinante en la ultracorrección lingüística de las señoras cultas francesas. A ellas irían destinados tratados como los de René Bary (1662), *L'esprit de cour ou les conversations galantes*, el de Pierre Ortigue de Vaumorière (1688), *L'art de plaire dans la conversation* o el de Jean-Baptiste Morvan de Bellagarde (1697), *Modèles de conversations pour les personnes polies*, quién diría en su 'aversissement': "le plus grand secret de la Conversation est de se proportioner au caractère des personnes que l'on frequente".

La religiosidad comienza a abarcar en una mayor medida el espacio público y el privado. Por ejemplo en el anónimo *Methodé pour converser avec Dieu*

(1679) se propone la oración como un modelo de conversación familiar. El lenguaje del culto deja el silencio a un lado y los oradores, protestantes y católicos, resucitan la Palabra revelada más allá de su propia mística. De igual manera, a través de nuevos códigos dialécticos se produce un ordenamiento en las relaciones propias de la extensa administración de la Corte y el Reino (Montandon, 1995a: 143-50)³. Surgen nuevas normas de conversación que quedan patentes en los diferentes tratados del momento, incluido el de Faret, se dan nuevas pautas necesarias para poder probar la fuerza de la propia opinión sobre la materia del discurso. Así por ejemplo sería una descortesía el dedicarse a hablar de uno mismo sin parar (Annon 1618, capt. 7-nº 1; La Salle, 1695: 169), o interrumpir la conversación de un interlocutor. Se observa la necesidad de escuchar con atención al otro, que así mismo la prestará a quien le haga caso en su discurso (Panichi, 1994: 249-75)⁴. Se evita hablar a la vez con demasiada afectación aunque se valora la espontaneidad en toda conversación (Lathuillère, 1966: 39-48)⁵. Así arremeterá Faret contra aquellos fanfarrones que dedican a jactarse con brutalidad y menosprecio (Ambrosio de Salazar, 1633: II-j):

Muchos de nuestros valentones se imaginarían no lo ser si no hiciesen mil ademanes y meneos feroces y redículos para espantar a todo el mundo de quien estos pobretos se figuran ser mirados con temor y admiración. Todas sus pláticas son aclaraciones de procederes y peleas, y quien cortase de sus entretenimientos los términos de asalto y de esgrima, creo que serían reducidos por su más alta ciencia a los cumplimientos de la lengua francesa. Su jactancia ha subido hasta este grado de brutalidad como de menospreciar la conversación de las mujeres, que es uno de los más dulces y de los más honestos entretenimientos de la vida. La danza, la música y los ejercicios de

³ El mismo Nicolas Faret introduce en este tratado un capítulo dedicado por completo a las 'Máximas generales de la conversación' (Ambrosio de Salazar, 1633: XI), tratando en él temas como: la conveniencia de domar las pasiones al hablar, la obstinación de los espíritus, los diferentes humores de los interlocutores, las condiciones amorosas, la complacencia, la libertad, el silencio y la dificultad de callar así como los vicios que de ella se desprenden.

⁴ El propio Michel de Montaigne (1572), afirmaba que "la palabra es mitad de quien la pronuncia y mitad de quien la escucha".

⁵ A la cual también hará mención Nicolas Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: III-f)

galantería les parecen una especie de blandura, y a lo menos que de hacer saltar un tabuco o una mina, no creen ocuparse harto dignamente. Esta condición, y juntamente todas las palabras que tiene una tintura de soberbia y de suficiencia, deben ser evitadas como los más peligrosos escollos donde la buena estima de los hombres pueda dar al través.

Defiende por el contrario la modestia al hablar de uno mismo y la franqueza al hacerlo sobre otros, evitando la adulación y la lisonja barata (Ambrosio de Salazar, 1633: VII-c):

La cumbre desta virtud es la modestia a hablar discretamente de sus hechos y la franqueza a alabar altamente los de los otros que se han hecho dignos. Es por ahí que hacen perecer la envidia de los que se levantan contra nuestra gloria, y demás que esta manera de proceder es generosa, los loores que se dan a otro tienen aún esta ventaja que nos adquieren las aclamaciones y las alabanzas de los que las nuestras han obligado. Obliguemos pues tantas personas como podremos por buenas palabras y por macizos efectos.

Autores como La Rochefoucault o Trotti diferencian la conversación seria de los eruditos y miembros de las academias y la liviana y ligera ('conversation enjouée' o 'galante'), llena de temas cotidianos y triviales, alejados de la religión y la política que tantos quebraderos de cabeza causaban en la Corte (Burke, 1996a: 134-35). La conversación evitará ser directa, pedante o técnica. El dueño de su propio discurso debe saber distinguir la conversación entre iguales y la que se mantiene con los Grandes (Ambrosio de Salazar, 1633: IX):

La de los inferiores e iguales, o de los que no tiene encima de nosotros sino alguna dignidad dependiente deste primer poder, no es tan tendida ni tan difícil que la del señor. Pero es también más peligroso de relajarse y de hacer faltas que en esta otra, donde el Espíritu está siempre delante de sí y presente a las cosas de que emprende de platicar.

El propio Du Bosc (1632), aconsejaba a las mujeres que evitaran ser unas marisabidillas que "quieren decir todo y hasta poner acotaciones en los

márgenes". El propio Bellegarde (1703: 44), se había dado cuenta en plena Modernidad del cambio que se había producido: *"las personas anticuadas son más formales; hoy en día la gente prefiere un poco más de libertad"*.

El cortesano corría peligro de perderse en la palabra, de perder el dominio de sí y sucumbir a las pasiones dentro del discurso. Morvan de Bellegarde en su *Conduite pour se taire* muestra de la misma manera su percepción de un mundo lleno de coacciones y sensibilidades. Su obra y pensamiento son un reflejo más de esta temática que se extiende por todos los manuales de cortesía en los que se concibe el uso de la palabra y el gesto corporal como dados a toda pasión⁶. A este respecto Faret indica que es muy necesario evitar las difamaciones incluso en los momentos en que se mantenga una conversación familiar con el igual y el Grande. Según él, no traía beneficio alguno buscar las faltas y desvergüenzas de éstos para sacarlas a la luz pública. Siguiendo la línea del abate Morvan de Bellegarde, aconseja vencer las propias pasiones y domar el estado anímico en la conversación para aprender a callar en los momentos oportunos y evitar convertirse en un gran hablador (Goldsmith, 1988), o hacerse ver como un 'obstinado quita pelillos', tipo de persona contra la que Faret arremete de la siguiente manera (Ambrosio de Salazar, 1633: X-c):

Esta falta es una de las mayores de la conversación y se ve pocos que no se diesen más presto al entretenimiento de un extravagante, o de un riñoso, que al destes obstinados quita pelillos. Sobre todo a una alma franca y que cree que cada palabra que dice por buena crianza obliga su fe, es un tormento tiránico, que el encuentro desta manera de ingenios llenos de embarazos. Hay en verdad ocasiones donde es imposible esquivar estas espinas, pero la gente honrada sabe pasar por encima sin ser picada. Así no hay los nuevos venidos y los que son naturalmente inclinados al cacarear que se pican. De manera que parece que esta odiosa suerte en entretenimiento sea el día de hoy cuidado en parte de

⁶ El abate Morvan de Bellegarde, perteneciente a la Compañía de Jesús, propuso un tratado destinado a las "gentes de calidad" y los grabados debían enfatizar y demostrar los beneficios del plan propuesto, que buscaba la perfección.

a las sobras y a algunos desdichados que siguen, que creerían no ser de la Corte si hasta los entretenimientos comunes no hallasen alguna materia propia a ser inficionada de sus impertinentes ceremonias. Que si es verdad lo que se dice, que haya espíritus tan enfermos que de hacer un estudio particular desta ciencia ridícula, espánteme cierto que no los echan de las repúblicas y que no los castigan de las mismas penas que las leyes ordenan contra los perturbadores del Estado; pues que no hay quien turbe tanto la sociedad humana que esta importuna manera de gentes. Nunca un Hombre-honrado no mal usará, no de lo que puede decir ni de las acciones de buena crianza de que sabrá el uso, y sobre todo en la frecuentación de los Grandes, que se disgustarían luego de las ceremonias superfluas con que pensaría obligarlos.

Si las pasiones no eran domadas y se dejaba jugar a la lengua se daba lugar a la ‘chocarrería’ (Ambrosio de Salazar, 1633: XIII): *“una especie de plática un poco más libre que lo ordinario y que tienen algo de picante mezclado todo junto de que el uso es común entre los más galantes y no es mesmo el día de hoy desterrado de entre los mayores amigos de la Corte. Si este uso es razonable o no me parece que es una cuestión harto espinosa y harto importante en nuestro sujeto para merecer que yo me pare un poco a examinarlo”*.

El rechazo de Faret hacia este tipo de defecto, muy diferente de la conversación honesta que anima y da vigor con su dulzura al debate, se basaba en la defensa de un diálogo claro y concreto enfrentado a la retórica banal y carente de significado que había tenido la desdicha de oír en los pasillos de la Corte. Sobre los peligros que conllevaba lanzarse a un juego de palabras nos avisa así el autor (Ambrosio de Salazar, 1633: XIII-a y XIII-b):

De todos los que chocarrear, nunca he visto ni notado de tan modestos que si han ido hasta la segunda repartida no se le haya escapado al que sostiene o al que enviste alguna palabra que no tenga alguna mancha de cólera o a lo menos de despecho. Y aunque disimulen su sentimiento, es tanto mayor que no hay sino la vanidad que lo reprima. Porque parece que sea una ley deste juego a fin que la libertad de morderse hasta lo vivo sea más insolente que el primero

que se enoja pierde la partida. Sea lo que fuere, el que ha habido la más fría réplica no tiene solamente la vergüenza de verse vencido en una cosa en que ceden raramente que es el espíritu pero demás desto, les queda casi siempre en el alma la amargura de los apodos con que su adversario lo ha apretado. Sobre esto dejo a juzgar cuál es lo más razonable y lo más seguro a cualquiera que quiere complacer de no usar del todo, o de querer hacer el chocarrero en azar de perder a cada vez un amigo, o hacerse un enemigo.

Parece que el honor y la realidad mantienen una conexión ambigua en lo referente al silencio exigido. Incluso cuando se opta por hablar en vez de permanecer callado no se olvida la cautela. Igual que se debe hablar correctamente y sin mentira, se debe de igual modo hacerlo en el momento adecuado y con precaución para no perder el respeto hacia un Grande o familiar (Ambrosio de Salazar, 1633: X-b):

Debe también de cuidarse en caer en la otra extremidad de los que procuran hacer nacer en todas las acciones de ejercitar su crianza, porque en la fin a fuerza de ser honesto podría hacerse inoportuno. Cierto que los Grandes quieren que los respeten pero no temen tanto que el encuentro destes enojosos que están siempre en emboscada para sacarles algún mal cumplimento o incomodarlos de algún servicio inútil. Y para hablar sanamente no me espanto si estas personas, por quien solas parece que las cosas agradables hayan sido hechas, hallen estas honras duras y pesadas pues que no hay ninguno de los que son debajo dellos que no los halle insoportables.

Hay que hacer mención también, no sólo al lenguaje hablado sino a la ‘gracia del silencio’⁷. Stefano Guazzo, moralista italiano (1530-1593), en su *Civile Conversazione* (1993), nos plantea el tema del diálogo asimétrico al comentar lo que llama ‘la grazia nel silenzio’. Según él el uso de la lengua y el

⁷ Con objetivo de investigar minuciosamente los principales signos de comunicación ‘no hablada’ entre los miembros de las cortes europeas del Antiguo Régimen he desarrollado un análisis de su importancia e influencia la redacción del capítulo titulado: *El silencio de la Corte. El ‘Arte de Callar’ y sus formas de conducta en el ámbito social cortesano, siglos XVI, XVII y XVIII*. Éste forma parte de una obra colectiva acerca de la ‘Historia social del lenguaje’ en la Modernidad dirigida por Rocío García Bourreiller y Jesús María Usunáriz Garayoa que se publicará en próximas fechas.

permanecer atento es uno de los estados más difíciles que tiene el hombre en la vida. Los planteamientos expresados en la primera edición de *La Civile Conversazione* de 1574 fueron tan bien aceptados por la Alta Cultura europea del momento que se convirtió en un libro popular y para el año 1621 contaba con diez ediciones italianas, dos francesas en 1579, y una inglesa en 1581. Nicolas Faret dedica líneas en su tratado al silencio y a las palabras acerca de los reyes o de Dios (Ambrosio de Salazar 1633, XVII-m):

¿Y qué respetos podrán ellas esperar de los que menospreciando al mesmo Cielo osan a cada palabra por juramentos execrables violar la honra del sacratísimo Nombre de Dios y profanar la gloria desta pura y admirable esencia?

Guazzo, como otros autores del momento, acentúa el valor de la moderación y del silencio en el diálogo entre gente cultivada, evitando todo tipo de habladuría, como afirma Faret al referirse a ‘los grandes habladores’ (Ambrosio de Salazar, 1633: XI). Los adeptos a las habladurías no son grandes dialogantes ni expertos en materia de retórica sino más bien los enemigos de toda dulce conversación. Su plática desenfadada se vuelve intolerable en muchos casos. Esto les lleva a buscarse pleitos, enemigos, enemistades y discusiones entre parientes: *Son poco juiciosos e imparciales y menos creíbles que los propios cuentos y hazañas del señor de Biron, y tendrán tendencia a referirse a lugares lejanos y a hablar sin juicio alguno al igual que hizo Therfite en el sitio de Troya*, afirma Faret haciendo referencia a Homero (Ambrosio de Salazar, 1633: X-I, líneas 15-17). Es necesario mantener un lenguaje culto y correcto en la conversación, pero al igual que eso es importante también lo es el saber escuchar. La obra traducida por Salazar muestra interés en el oyente de una manera más explícita e interesada que muchos otros autores de la época. Plantea gran cantidad de consideraciones sobre cada uno de los actores de la comunicación a la vez que reconoce que en muchas ocasiones es tremendamente dificultoso el callar (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-j).

Hay que considerar que los momentos de silencio se refleja en todo tipo de situaciones. El mutismo se presentaba en pleno siglo XVII no sólo en el ámbito masculino y cortesano sino también en el de la plebe, el femenino⁸, el religioso y así mismo en el de los niños y los jóvenes. Por ejemplo, Martín de Azpilicueta (1493-1586) dedicaba en 1582 un tratado al silencio eclesiástico⁹. Los vicios ordinarios de los grandes habladores quedan bien descritos también por Faret en su tratado (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-m). El silencio queda convertido así en un instrumento de prudencia a la cual también hacen referencias autores como Castiglione o Gracián (Brauer, 1959). Faret al tocar este tema en lo respectivo a los príncipes recuerda la obligación del gobernante de buscar la conminación al silencio de sus oponentes, tratando de conseguir una mayor neutralidad en su opinión para poder acallar su voz (Ambrosio de Salazar, 1633: VIII-b). Esto nos lleva a concluir que el silencio no sólo pertenecía al campo de la retórica sino que estaba presente en el seno mismo de la ética de honor y lealtad que sustentaba el organigrama social del momento (Courtine y Haroche, 1988: 236-37). Siempre existió, tanto en la Corte como en otros ámbitos de la sociedad, un tiempo para callar y un tiempo para hablar, lo cual hacía necesaria una buena gestión de la palabra y de los silencios en cada persona. Se puede decir que durante la Modernidad se gestó una época en la cual la virtud del silencio era indispensable en toda persona que buscara el respeto a su propia palabra y la fidelidad de sus iguales y señores. Faret busca un ejemplo en Midas, que aunque fabuloso prueba donosamente la verdad de la malicia de aquel desleal de lengua suelta (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-n).

⁸A este respecto, me parece reseñable el artículo: "Silencio/Palabra: Estrategias de algunas mujeres cervantinas para realizar el deseo", de Agapita Jurado Santos (1999: 140-153) *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, editado por The Cervantes Society of America. La autora cree que el silencio suele interpretarse como ausencia de palabras, como una interrupción en la comunicación. Sin embargo resulta evidente que el silencio es un signo fundamental en esta obra literaria, y superado el aspecto moral, la mujer se convierte en un sujeto que, al adquirir el poder de decidir y realizar su propio deseo, elimina una de las diferencias sociales más importantes respecto al "sexo opuesto". Por eso, más que mujeres varoniles, Cervantes presenta mujeres que luchan por su libertad. Y nos hace referencia a la obra de Diana de Armas Wilson (1991), *Allegories of Love. Cervantes' Persiles and Sigismunda* para entender la eliminación de la diferencia o de la jerarquía entre los sexos, en un plano filosófico y psicológico.

⁹ (Burke, 1996a: 171). También es reseñable la introducción biográfica que sobre este canonista navarro se observa en: Martínez Tapia (1997), *Filosofía política y derecho en el pensamiento español del s. XVI. El canonista Martín de Azpilicueta*.

Y es que como continuará el autor más adelante al trazar su 'elogio a la gente honrada', el hombre honesto no encuentra virtud más bella que el gobierno de uno mismo en lo referente a la palabra (Ambrosio de Salazar, 1633: XII-a).